IGNACIO ALDECOA: *Parte de una historia.* Editorial Noguer. Barcelona, 1967.

Después de haber finalizado la novela, la última de Ignacio Aldecoa *(Parte de una historia),* uno ha de volver inmediatamente el pensamiento hacia aquella frase pronunciada en alguna ocasión por Joyce: «Irlandés no soy, sino demasiado irlandés»; por una sola razón, porque a Ignacio Aldecoa le va «que ni al pelo» aquella del maestro irlandés. Aldecoa es español hasta la medula, valga la frase y sirva para decir que el uso de su lenguaje, la nitidez del vocabulario, la construcción, la sencillez, dentro y en la unidad del libro, son algo que huele, que se escapa hacia los ojos en el momento que se leen los primeros párrafos; pero todo esto quizá sea demasiado prematuro antes de haber entrado, antes de haber comenzado bocado para hacer boca. Bien lo vale, porque este último libro de Aldecoa viene a revalorar, en un momento indiferente, la novelística española actual. Y es que estábamos atiborrándonos de novelas «última hora», «última ola» o «novela ye-yé», como quiera llamarse, que en estos postreros tiempos todo está permitido; pero la verdad era ésa. Un exceso de juventud quizá por parte de los recién llegados, una dosis masiva de europeísmo a tenor de pasar las fronteras, cosa que se había hecho muy poco, una quizá demasiada impregnación de autores extranjeros mal, pero que muy mal deglutidos, lo que daban y dan como resultado una novela con cargas sexuales sobre todo, mundos alocados sin una idea, una meta concreta. Caos finalmente.

Era el momento; Aldecoa surge después de un tiempo, pero con esa seguridad implícita siempre en él, que le hace tener éxito; no un éxito a la manera americana, ni falta que hace (no hay millones de libros vendidos, ni contrato para film, ni anuncios en televisión) es sencillamente ese éxito del autor que hace vibrar a un público lector que esperaba «algo»; mínimo, quizá, pero que rota. La novela se leerá lentamente, pero llegará donde debe. Y, sobre todo, no desaparecerá en la nada del olvido. Después de dos años, tres, se seguirá hablando y leyendo *Parte de una historia,* como ocurre con *El viento solano,* con *El fulgor y la sangre* o con *Gran Sol.*

Para eso hay que vivir España, andar sus caminos, su paisaje. Escribir un libro es a veces un equivalente al torero cuando va al toro, se juega el tipo, así el escritor. No son las mismas circunstancias, la literatura, la verdad, no es una exposición ante la muerte de segundos, pero sí puede ser la lenta agonía de un hombre que carcome su sangre, apura, como la última gota de agua que rebasa el vaso, el corazón hasta

detenerse en un momento dado. Aldecoa no ha sido ni es de esos escritores que se limitan a hacer la obra sentados ante la mesa de su cuarto de trabajo, sino que, cuando lo ha necesitado, se ha embarcado en un bacaladero y ha estado viviendo los días necesarios con las gentes de mar, por citar un ejemplo concreto, o se ha pisoteado Castilla, si necesitaba otra clase de gentes para un cierto libro.

Sin más, sin contemplaciones, desde su primer libro, Aldecoa se lanzó de lleno desde el peligroso trampolín de la escritura para bucear aquí y allá, inmerso a muchos metros de profundidad. Resultado han sido sus obras, desde aquel primer libro *El corazón y otros frutos amargos* u otro cualquiera, que eso da lo mismo, hasta llegar a hoy, a ese *Parte de una historia,* en el que no se descubre, sino que se afinca ya como seguro, perfecto e incomparable novelista.

Aquel primero, o los otros, *Cuadernos de Godó, Todavía la vida, Libro de las algas, Caballo de pica, Espera de tercera clase, Vísperas de silencio;* las dos citadas anteriormente, *Con el viento solano* y *El fulgor y la sangre,* una de ellas, a propósito, finalista de un Nadal, cuyos miembros del jurado no pueden apuntarse la dicha de haber descubierto un novelista cabal y total, ¡qué vamos a hacer! Eso pasó, pasa y seguirá pasando. Pues esos primeros libros, hasta el último, son ya antología, piedra de toque absoluta si se hiciera una revalorización de las letras españolas de los últimos veinte años. Pero es necesario acudir a *Parte de una historia,* el libro que viene hoy a colación.

Alguien ha dicho —creo que no se lee a fondo, que se lee por leer— que *Parte de una historia* es «eso», nada más que parte de una historia; se supone que habrá sido una mera reseña de las que se hacen porque hay que hacerlas, de las que se hacen leyendo la solapa del libro y copiando las frases que los publicistas de la editorial ponen para atraer. Pero no es así, *Parte de una historia* significa el paso decisivo en la carrera literaria del joven vasco, si al escribir se le puede llamar carrera.

«Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla. Las cabezas de los cazones y sus entrañas yacían en las rocas cercanas al muelle, arrojadas al creciente de la marea»; un principio significativo, suave, una prosa perfecta descubierta desde los mismísimos preliminares del libro, al cabo de seis u ocho líneas y que, indudablemente, puede servir como texto de análisis literario en las aulas de los institutos, que son ni más ni menos el principio de un buen lector, aunque a veces sean otras las circunstancias.

Aldecoa, a lo largo de su novela va y viene con sus personajes, bucea hasta lo más recóndito del alma de cada uno, resalta su huma-

nidad, siempre comprendida en el marco de un paisaje al que permanece fiel (en este caso las Canarias). De ninguna manera los aísla, valga la aliteración, sino que los proyecta, son personajes universales.

La trama de *Parte de una historia* es bien sencilla: una isla de más o menos una docena de millas cuadradas, los pescadores que comen, beben, piensan, respiran y son a veces felices, a veces desgraciados; reaccionan ante la vida en una tierra dura, trabajando, arrancándole al mar sus riquezas, muriendo en la ocasión que sea necesaria. Ese mar es para ellos la vida.

Pero es la realidad y no otra cosa la que describe la pluma del escritor, esa realidad sin hálito imaginativo, observada directamente de o en un marco geográfico, apegada a los costados de las barcas, a las olas que van y vienen, a la caída de la tarde, en esa mínima isla del Atlántico de la que nunca se dice el nombre, pero que siempre se piensa en las Canarias. El narrador, Aldecoa en este caso, retorna a la isla sin dar explicación de cuándo ha estado allí otra vez, anteriormente. No hace falta. Tiene amigos que lo están esperando con los brazos y con el alma abiertos; bebe ron guajiro con su amigo Roque, vive en su casa, come de lo que tienen, «María ha tenido su séptimo hijo, Luisita ha cumplido quince años y su pie derecho no se arreglará jamás...».

Todo está lo mismo que cuando se fue; pero no, hay algo nuevo que rompe la monotonía, lo cotidiano de aquella gente: un matrimonio inglés que se dedica a la pesca, que va a lo suyo, que en ningún momento hace vida con el resto de los indígenas. Y así todo está tranquilo hasta que un temporal arroja a la playa a la tripulación de un yate americano, tres hombres y una mujer que hacen un crucero y que son salvados por los pescadores.

He aquí el quiebro, ha entrado el contraste en *Parte de una historia,* ese elemento que cambia el pan nuestro de cada día, lo cotidiano. Sin alterar en nada la narración, Ignacio Aldecoa refleja ahora esa especie de locura que llevan los náufragos en la sangre. Los americanos nececitan romper esa monotonía de la isla, se encuentran encerrados y se liberan bebiendo, gritando a los cuatro puntos cardinales.

El punto de apoyo para el final es cuando uno de los náufragos, borracho, se arroja al mar y es recogido al día siguiente su cadáver; los otros se marchan y el narrador, que ha contado lo que tenía que contar, también se va: «Mañana, poco después de amanecer, la escuadra bombardeará, en sus habituales ejercicios de tiro de esta época del año, el roque del Este, el más despegado del archipiélago. Mañana, poco después de que amanezca, dejaré la isla.»

Parte de una historia pertenece al ciclo, anunciado por Aldecoa, del mar, cuyo principio fue *Gran Sol;* falta, si es lógico el ciclo, la tercera novela, y lo que es todavía más importante, que no tarde mucho.—RAÚL TORRES.

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ENSAYOS DE ARQUITECTURA, POR F. CHUECA

Hace poco, desde las páginas de esta misma Revista, comentaba el interés que suponía la aparición de la *Historia de la arquitectura española,* de Fernando Chueca Goitia. Señalé entonces la trascendencia que tenían algunas de las aportaciones principales de la obra y cómo en ella el autor había hecho realidad, por el estudio directo de los monumentos, una teoría de nuestra arquitectura, dada a conocer por él años antes. Con la publicación de *Ensayos críticos sobre arquitectura* (1), Fernando Chueca vuelve al libro teórico, esta vez sobre un tema contemporáneo, y al planteamiento del problema ideológico y significativo de la arquitectura, tal como hiciera, allá por los años cuarenta y tantos, en su ya obra clásica *Invariantes castizos de la arquitectura española.*

Creo que antes de leer un nuevo libro deberíamos preguntarnos cuál es la capacidad del autor para tratar el tema que estudia o, lo que es lo mismo, ante su título preguntarnos la capacidad que estimamos necesaria para que un escritor pueda realizarlo con éxito. Si ante el nuevo libro de Fernando Chueca nos hiciésemos esta pregunta, creo que quedaríamos plenamente satisfechos. Chueca llega a la arquitectura contemporánea con todo el bagaje cultural de un historiador que conoce a fondo la arquitectura del pasado; pero también llega desde ese sentido de la realidad que da el ser un arquitecto que vive día a día los problemas de la arquitectura actual. Por esto, el libro de Chueca podemos entenderlo como el fruto de una experiencia arquitectónica de la vida o, lo que es igual, como el resultado a que conduce vivir la vida desde la arquitectura.

Los *Ensayos críticos sobre arquitectura* no son una obra de tema y narración continuos, sino que constituyen una colección de estudios

(1) Barcelona, EDHASA, 1967; 278 pp.